

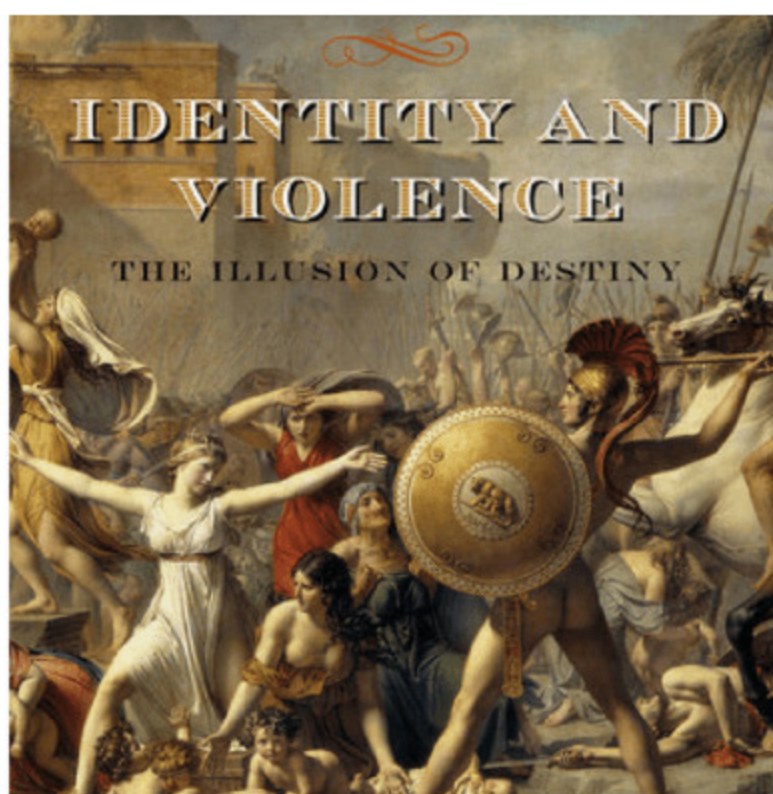
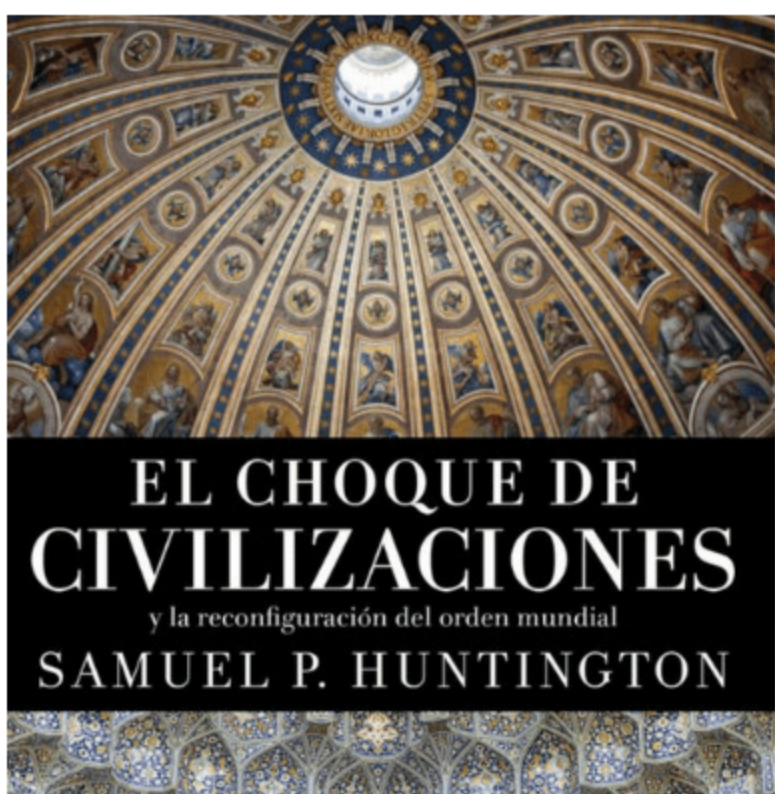
La invención de la otredad

02 mayo, 2018

Por Andrés Riva Casas

La explosión de los particularismos, el nacionalismo y la reivindicación excluyente de las identidades culturales han conducido al mundo a un escenario de violencia incontenible. La incapacidad de las diferentes culturas para encontrar bases comunes sobre las cuales establecer vínculos sólidos, la negación a entablar diálogos razonables en un marco de tolerancia y pluralismo, hacen que ideas centrales del progreso humano como la libertad, la democracia y los derechos humanos corran el riesgo de convertirse en un producto cultural exclusivo de la civilización occidental.

Cuando el sociólogo norteamericano Samuel Huntington publicó su teoría sobre "El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial" en 1996, un mundo nuevo comenzaba a erigirse sobre las ruinas de la Unión Soviética. La bipolaridad dejaba de ser la norma rectora de las relaciones internacionales, abriéndose paso una multipolaridad asentada en las organizaciones internacionales creadas tras la Segunda Guerra Mundial, como las Naciones Unidas, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. El mundo atendió, durante la década de 1990, una expansión extraordinaria, con un aumento significativo del intercambio comercial entre naciones, siendo un momento clave para la explosión de ciertos procesos globalizadores que permitieron reducir abruptamente las distancias y erosionar, como resultado, las fronteras estatales. La teoría de Huntington, quien era entonces un connotado profesor de la Universidad de Harvard, tuvo un impacto mayúsculo no solo en el mundo académico, sino principalmente en las ideas de los líderes políticos, que siendo o no conscientes, comenzaron a desplegar estrategias basadas en sus mismos diagnósticos sociológicos, interpretaciones históricas y prejuicios culturales. Acertado o no, la teoría de Huntington tuvo un éxito rotundo, heredando a las generaciones posteriores una miopía cultural causante de un enfrentamiento irresoluble. Hoy, el mundo al que asistimos se mueve en el sentido que Huntington predijo, pero no por las razones que lo hizo. Él fue, probablemente, el instigador de una división mayor del mundo en torno a identidades culturales, de raigambre principalmente religiosa, de la que no podremos librarnos sin sufrimiento.



EL CHOQUE INEVITABLE

Huntington inaugura su idea sobre "El choque de civilizaciones" advirtiendo que "la política global comenzó a ser reconfigurada en torno a patrones culturales". La identidad cultural pasará, según su pronóstico, a ser la preocupación central de la humanidad en el futuro inmediato, es decir, en nuestro presente. "En el mundo posterior a la Guerra Fría, las banderas cuentan y también lo hacen otros símbolos de identidad cultural, como cruces, medallones e incluso pañuelos en la cabeza, porque la cultura cuenta, y la identidad cultural es lo más significativo para la mayoría de las personas", dice el autor, antes de sostener que "la gente está descubriendo identidades nuevas, pero a menudo antiguas y marchando bajo nuevas, pero a menudo viejas banderas que conducen a guerras con enemigos nuevos, pero a menudo viejos".

La argumentación de Huntington, poderosa y convincente, omite sin embargo una realidad bastante evidente y fácilmente contrastable: las personas, lejos de definir su identidad únicamente en función de su religión y su cultura, de su lenguaje y su pasado histórico, se sienten parte también de otros colectivos, que no siendo excluyentes, pueden convertirse en enriquecedores de identidades culturales más profundas y sofisticadas. Pero Huntington se basa principalmente en el prejuicio, en generaciones reduccionistas que no admiten grandes complejidades. "Para las personas que buscan identidad y reinventan la etnia, los enemigos son esenciales, y las enemistades potencialmente más peligrosas se producen a través de las líneas de falla entre las principales civilizaciones del mundo", dice Huntington. Y su advertencia tiene por cometido una proposición más compleja: "que la cultura y las identidades culturales, que en el nivel más amplio son identidades de civilización, están configurando los patrones de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo posterior a la Guerra Fría".

Uno de los motivos de preocupación del autor es que mientras "por primera vez en la historia, la política global es a la vez multipolar y multicivilizada; la modernización es distinta de la occidentalización y no produce ni una civilización universal en ningún sentido significativo, ni la occidentalización de las sociedades no occidentales". La idea detrás de esta concepción del mundo es que tanto la "modernización" del mundo como la conformación de una "civilización universal" son prerrogativas de occidente. En otras palabras, la guerra de nuestro tiempo debe librarse en batallas de colonización cultural.

PROFECÍA AUTOCUMPLIDA

El gran error de Huntington, si es que puede calificarse de esa forma, es que sus ideas tomaron la forma de profecía autocumplida. Su diagnóstico impulsó la acción política internacional de gobiernos como el norteamericano, que pocos años después se embarcaría en una "cruzada" - como la definió el presidente George W. Bush - en contra del terrorismo islámico, no solo invadiendo Irak y Afganistán sino también buscando imponer el establecimiento de gobiernos democráticos al estilo occidental. Lo que siguió en el mundo fue una explosión de las identificaciones culturales "antioccidentales", de rechazo a la imposición cultural de occidente y de reivindicación de particularismos, algunos de ellos válidos y otros arcaicos, primitivos y violentamente despiadados. Lo cierto es que en tanto la teoría de Huntington "alertó" a occidente de la necesidad de arremeter en defensa de sus valores, promovió en el mundo "no occidental" un mecanismo de defensa reaccionario que voló los puentes de encuentro y bloqueó los canales de comunicación interculturales, aquellos sobre los cuales era posible generar un terreno común para el establecimiento de valores compartidos.

CATEGORIZACIÓN IDENTITARIA

Fue el premio Nobel de Economía, Amartya Sen, quien mejor contrarrestó los argumentos de la teoría de Huntington. En su libro "Identidad y Violencia; la ilusión del destino" (2006), Sen intenta demostrar la forma en que el reduccionismo civilizatorio parte de la premisa errónea de que todo el progreso de la humanidad es fruto de la civilización occidental. Las matemáticas, la astronomía, e incluso la filosofía, la economía y la política han tenido desarrollos profundos en todas las culturas y civilizaciones, algunas bastante más antiguas que la que actualmente llamamos "occidental". Asimismo, Sen argumenta que donde hoy existen enfrentamientos "civilizatorios", en otros momentos históricos existieron enriquecedores lazos de cooperación y comercio que no pueden ser olvidados. Dice el autor: "El problema con este abordaje comienza con una única categorización, mucho antes de que se plantee siquiera el tema de un enfrentamiento o no. De hecho, la tesis de un choque de civilizaciones es conceptualmente parásita del poder dominante de una categorización única a lo largo de las denominadas líneas de civilización, que a su vez sigue de cerca las divisiones religiosas a las que se presta una atención singular". El problema, entonces, radica en el encasillamiento de las personas dentro de categorías únicas. Es decir que, antes de preguntarnos si las civilizaciones pueden eventualmente chocar entre sí, deberíamos cuestionarnos si es posible encasillar a las personas de la forma en que Huntington pretende hacerlo.

IDENTIDAD Y VIOLENCIA

Sen, como otros filósofos liberales, no niega el valor de las identidades, pero alerta sobre sus riesgos. Pertenecer a una comunidad que tiene conciencia de tal, dice, puede ser positivo y mejorar la vida de todos. Sin embargo "ese sentido de la identidad puede firmemente excluir a mucha gente, aun cuando incluye a otras con calidez". El fortalecimiento de las identidades culturales, cuando se logra a expensas de reforzar las diferencias con otras culturas, deriva generalmente en sentimientos de hostilidad que conduce a la violencia. Esto es especialmente cierto cuando esas identidades suprimen, en el individuo, la voluntad para tomar decisiones propias - como ser pacifistas o belicosos - así como la capacidad de razonar libremente sobre los acontecimientos. En otras palabras, cuando las identidades operan coercitivamente sobre el individuo, impidiéndole autodeterminarse, las consecuencias a lamentar pueden ser muy graves. Cuando los individuos pertenecientes a una cultura abandonan su capacidad de razonar y renuncian a la responsabilidad de sus propias acciones, el colectivismo identitario podrá tomar formas verdaderamente desagradables.

El argumento central de Sen es que la religión y la cultura son apenas una de las tantas formas de dividir a los individuos, que pueden ser también fanáticos del fútbol, lectores de novelas policiales, liberales, homosexuales, ateos, amantes del jazz o coleccionistas de antigüedades. "La ilusión de las identidades únicas es sustancialmente más divisivo que las clasificaciones plurales y diversas que caracterizan al mundo en el que vivimos actualmente", dice. Cuando la identidad cultural se nos asigna por la estructura, dice Sen, nuestra "libertad para elegir nuestras identidades a los ojos de otros puede estar, muchas veces, extraordinariamente limitada".

OCCIDENTE Y EL RESTO

Sen comparte con Huntington la importancia del progreso de occidente, especialmente después de la ilustración y las revoluciones liberales. Lo que discute es que este progreso ha sido construido con el aporte de otras culturas y religiones y no en su contra. Tanto los valores liberales, como la democracia, la razón pública, la tolerancia y el pluralismo, los derechos naturales y universales han sido planteados filosóficamente y puestos en práctica política y socialmente en sociedades muy disímiles. El hecho de que occidente las haya sintetizado de la forma en que lo hizo debería ser un ejemplo extraordinario del éxito del intercambio entre culturas y no, como se asume, una forma de demostrar la superioridad cultural que algunos identifican en este proceso. Cuando occidente reclama para sí la autoría de todo progreso humano obliga al resto de las culturas o "civilizaciones" a definirse a sí mismas como "diferentes de occidente". En tal sentido, explica Sen, "algo de esta otredad puede ser vista en la emergencia de autodeterminaciones que caracterizan al nacionalismo cultural o político, e incluso en la contribución que esta visión reaccionaria hace al fundamentalismo".

Para superar las divisiones identitarias y evitar la violencia que de ella se desprende no debemos innovar en la invención de la otredad, sino reconocer en el otro principalmente aquellas características que nos hacen iguales. Tenemos derecho a definirnos identitariamente, pero en ningún momento estamos obligados a hacerlo en oposición a otros. De esa forma, el choque de civilizaciones no será nuestro destino, sino un mal recuerdo del pasado.

**Lic. en Estudios Internacionales. Docente de Política Comparada en la Licenciatura en Estudios Internacionales de la Universidad ORT Uruguay. Director de Diario El Heraldito.*

** Para este artículo se usaron:

Huntington, Samuel. 1996. "The clash of civilizations and the remaking of world order". Touchstone, Simon & Schuster.

Sen, Amartya. 2006. "Identity and Violence: the illusion of destiny". Norton & Company.

Compartir esta noticia: Like 0 Share Tweet

Sobre el autor Últimos artículos

Andrés Riva Casas Director responsable de Diario El Heraldito

Noticia anterior « ¿En la lucha o en la cooperación?

NOTICIAS RELACIONADAS



INSEGURIDAD Obispos se manifestaron ante la creciente violencia en la sociedad



Terrorismo



Fe en el progreso